

Los diez libros de arquitectura de Vitruvio, en la traducción
de José Ortiz y Sanz (1787)

Félix Díaz Moreno

Cuando en 1582 abandonaba los tórculos alcaláinos de Juan Gracián el texto preparado por Miguel de Urrea sobre el famoso *De Architectura* de Vitruvio, todo parecía indicar que este acontecimiento iba a ser el detonante de una corriente de estudio y análisis semejante a la que ya había dado comienzo con anterioridad en países de nuestro ámbito cultural. Sin embargo, las buenas perspectivas que se atisbaban con esta empresa, quedaron reducidas a una relación de buenas intenciones que lejos de estimular innovadoras creaciones, ralentizaron su progresión; en primer lugar por el enorme e ingrato trabajo que suponía enfrentarse a un texto que tradicionalmente había sido tachado de farragoso y especialmente complejo e igualmente debido a los muchos problemas a los que debía enfrentarse un autor para ver finalmente impresa su obra, máxime si además iba acompañada de grabados. A pesar del éxito de la publicación, de convertirse en libro de consulta y lectura obligada en la Academia de Matemáticas de Madrid y de erigirse en un volumen de referencia en las librerías de innumerables arquitectos y maestros de obras, rápidamente las voces críticas hacia la traslación se dejaron sentir sin paliativos, aunque estos mismos detractores no fueron capaces de materializar sus reprobaciones e intereses en nuevas interpretaciones, teniendo que trascurrir dos siglos para poder ver concretada otra versión, con un significado razonamiento y un alcance acorde a unos parámetros muy afines a la época en la que fue nuevamente redactada.

Desde que la obra fuera rescatada tras un periodo de incertidumbre por Poggio Bracciolini en 1416, su fama no dejó de acrecentarse debido a un conjunto de factores que la convirtieron en un *unicum*, una obra que arrastraba los conocimientos arquitectónicos grecorromanos cuya codificación desafortunadamente se había ido diluyendo hasta su total desaparición, quedando Vitruvio como máximo y casi exclusivo descendiente de tal disciplina y su obra como testigo de tales expresiones. Tras el redescubrimiento y la puesta en valor, el texto adquirió durante el siglo XVI la categoría de paradigmático, sin cuya utilización, pero también interpretación, no podría

comprenderse el legado de la Antigüedad. Si bien es cierto que la mayoría de estos proyectos tuvieron como escenario la península italiana, no lo es menos que actuó como correa de transmisión hacia otros países europeos, lo que generó un alto grado de interés para dilucidar la vigencia y verosimilitud de tales enseñanzas.

En España inició este recorrido Diego de Sagredo (Toledo, Ramón de Petrás, 1526) con la aparición, por primera vez, en una lengua romance –pues hasta aquel momento se había utilizado el latín como medio de transferencia– de una obra que, sin ser una traducción directa de Vitruvio, tenía claramente como horizonte sus postulados: nos referimos a las *Medidas del Romano*. A lo largo de la centuria las traducciones, tanto parciales como completas, fueron abundantes, pero una y otra vez colisionaron con los muros de la incomprensión, del valor pecuniario y del excesivo control por parte de la Corona hacia el mundo de libro, lo que acabó por condenarlas al olvido o la pérdida, cercenando así la divulgación de tales conocimientos.¹ Afortunadamente aún podemos apreciar los esfuerzos que a este respecto desarrollaron Lázaro de Velasco o Hernán Ruiz el Joven, así como diversos capítulos anónimos custodiados en la actualidad en diferentes bibliotecas y archivos (véase García Melero 1986). Durante el siglo XVII los intentos por profundizar en la obra de Vitruvio se mantuvieron activos, si bien nuevamente los resultados fueron adversos; es de destacar el tratado de fray Lorenzo de san Nicolás, que fue de los pocos que pudo escapar (y no sin graves perjuicios) a esta tendencia, pues consiguió ser publicado en dos partes en 1639 y 1665, manteniendo entre sus páginas una viva presencia de las enseñanzas del romano.

El XVIII, sobre todo a partir de su segunda mitad, iba a ofrecer interesantes novedades gracias, en buena medida, a los estímulos originados tras la creación de la Real Academia de San Fernando y a un cambio lento pero firme de los presupuestos clasicistas por otros marcadamente neoclásicos, donde además el vitruvianismo ganó fuerza propugnándose una nueva lectura de la Antigüedad.² Será en esta centuria cuando finalmente se publique una nueva edición completa de los *Diez Libros de Arquitectura*, bajo el meticuloso cuidado de José Ortiz y Sanz, epílogo de una larga lista de tentativas que también durante esta época se habían planteado, pero que en raros casos habían cristalizado. No corrió esta suerte, sin embargo, la preparada en 1761 bajo el título *Compendio de los Diez Libros de Arquitectura de Vitruvio*, originalmente escrita en francés por Claude Perrault en 1673 y traducida por José Castañeda bajo los auspicios de la Academia, en la que ejercía el cargo de teniente director de

¹ Puede verse un panorama de dichas traducciones en Díaz Moreno (2012).

² Véase al respecto el sobresaliente ensayo de Bérchez Gómez (1981a).

Arquitectura. Otras manifestaciones fueron el proyecto fallido de reedición de las *Medidas del Romano* por Diego de Villanueva en 1762 o la impresión de los llamados *Elementos de toda Architectura Civil*, escritos por el jesuita Cristian Rieger y traducidos en 1763 por su compañero de orden Miguel Benavente, que a pesar del heterogéneo número de fuentes manejadas, conservaba un destacado conjunto de anotaciones y presencias de Vitruvio. En este sentido es importante la noticia ofrecida por Ceán Bermúdez en sus adiciones a la obra de Eugenio Llaguno y Amírola, quien indicaba con aparente seguridad que el ingeniero militar, arquitecto y teórico José de Hermosilla y Sandoval, mientras estuvo pensionado en Roma, realizó una traducción de Vitruvio con notas y disertaciones, desafortunadamente perdida en la actualidad.³ Igual suerte parece ser que corrió la traducción que sobre este mismo tratado Llaguno habría realizado, según se desprende de la correspondencia de Antonio Ponz.

Volviendo a la traducción que nos ocupa, creemos oportuno introducir algunos datos biográficos que nos ayuden a desentrañar al personaje y sus intereses culturales. Las primeras noticias sobre José Francisco Ortiz y Sanz son escasas e inconexas y tuvieron que ser extractadas de memoriales, documentos y noticias dispersas en su fluida relación epistolar.⁴ Sabemos de su nacimiento en la aldea valenciana de Ayelo de Malferit en 1739, siendo el quinto hijo de una familia de labradores; debido a sus incipientes capacidades, el párroco del pueblo, quien le había instruido en primeras letras, optó por enviarlo al colegio de los jesuitas en Onteniente, donde permaneció hasta 1755. Con posterioridad, inició su carrera eclesiástica en las Universidades de Valencia y Orihuela, hasta que en 1768 recibió la ordenación sacerdotal, también es el momento en el que asume su gusto por el dibujo, a pesar de la negativa paterna a continuar en esta dirección. Entre 1766 y 1778 mantuvo una productiva relación con la Academia de Bellas Artes de San Carlos en Valencia, en donde parece ser surgió la idea de traducir el texto vitruviano para aplicarlo a la docencia de Arquitectura en la citada institución (Bérchez Gómez 1981b). Según él mismo indicaba en el prólogo a su obra:

³ «Tradujo al castellano a Vitruvio, ilustrándole con notas y disertaciones sobre los lugares oscuros de este clásico autor. Y para la enseñanza de la Junta preparatoria escribió estando en Roma, por encargo del señor Carvajal, un tratado de geometría y una explicación de las máquinas necesarias para la construcción de los edificios» (Llaguno y Amírola 1829: IV, 265). A pesar de no tener la traducción de Hermosilla, se ha localizado la edición manejada por éste que era la de Philandro de 1552, en un ejemplar que había tenido como poseedor a Juanelo Turriano: véase Bustamante & Marías (1985: 192).

⁴ Además de los estudios clásicos de Sempere y Guarinos, Fuster o Menéndez Pelayo, destacamos el resumen que sobre su biografía y obra redactó su sobrino Tomás López Enguídanos en 1824 y que ha sido el origen de muchas de las noticias relacionadas con este autor (véase López Enguídanos 1921). Pueden también consultarse los trabajos de Canto (2001) y Goberna Ortiz (2001).

ocupadas las plumas españolas que pudieran desempeñar este asunto en otros de igual importancia, dieron lugar a que yo le emprendiese, a pesar de mis ocupaciones, hallándome vicario mayor de la Iglesia Colegial de la ciudad de Xátiva, ahora San Felipe. Sin otro auxilio que el *Vitruvio* de Philandro, el de Barbaro y el Galiani empecé mi traducción el año 1777; pero antes de concluir el libro tercero ya tuve bastante conocida la dificultad del empeño, y que sin examinar ocularmente algunos códices MSS. de Vitruvio, y mucho más los edificios antiguos que quedan en Italia, era imposible dar paso sin tropiezo, como había sucedido a los que me precedieron en la empresa de aclarar a Vitruvio. Vime, pues, en la dura precisión de abandonar obra tan útil, o de dejar mi casa, patria, empleo y conveniencias. Más fácil era lo primero; pero yo preferí lo segundo, sacrificándolo todo en servicio de la patria. Dejé a España con el beneplácito de S. M. en 11 de agosto de 1778 y llegué felizmente a Roma en 26 de setiembre siguiente. (*Vitruvio* 1787: III-IV)⁵

Sin duda su viaje a Italia se convirtió en una de sus decisiones más difíciles pero, a la vez, más fructíferas a las que tuvo que enfrentarse, pues iba a reportarle el conocimiento específico necesario para continuar su empresa. Para ello tuvo que renunciar a su ventajoso cargo de vicario mayor de la iglesia parroquial de Xátiva (para el que había sido elegido en 1774) y además tuvo que vender algunas propiedades para costearse el viaje y la estancia.⁶ El primer año, entre 1778 y 1779 lo dedicó a viajar, buscando, observando y midiendo cuantos residuos de la Antigüedad le eran afines o sorprendentes. Transitó por los alrededores de Roma, Nápoles, Pompeya, Herculano, Stabia, Pozzuoli o Paestum, entre muchos otros lugares, evaluando sus destrezas constructivas, analizando sus elementos y comparando sus resultados con los ejemplos que aparecían en el tratado vitruviano; con todo ello consiguió hallar un nuevo valor y sentido a las ruinas como hecho arquitectónico en sí mismo y no como una simple relación de obras. Ortiz y Sanz acabaría convirtiéndose en un historiador erudito, versado en la teoría arquitectónica anterior pero que procuraba conscientemente no trasladar sin más los conocimientos, sino interpretarlos o modificarlos si con ello conseguía aportar un mayor grado de competencia.

El segundo bloque de actuación lo centró en el examen analítico de diversos manuscritos que iban a proporcionarle múltiples miradas sobre un texto insistentemente contaminado en sus diversas versiones: su cotejo le permitiría comparar, restituir o aclarar párrafos confusos, tergiversados o inexistentes en las ediciones

⁵ Citamos por la reproducción digital de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes del original conservado en la Biblioteca de la Universidad de Sevilla (A. 065/112). A pesar de esta afirmación, y según se desprende de su propia correspondencia, parece ser que su traducción se planteó primeramente sobre los tratados de fray Giocondo y la edición comentada de Daniele Barbaro, patriarca de Aquileya (véase Bérchez Gómez 1981b: 65).

⁶ Véase Sambricio (1975 y 1986).

conocidas hasta el momento. Esta diligencia le llevó a consultar los cuatros manuscritos atesorados en el Vaticano o los dos de El Escorial, además de gran número de ediciones según se desprende de sus comentarios en el prólogo de su obra (Vitruvio 1787: IV-V), así: Giovanni Sulpicio da Veroli (1486), fray Giovanni Giocondo da Verona (1511, 1513 y 1523), Cesare Cesariano (1521), Francesco Lutio de Castel Durante, «Durantino» (1524), Giovanni Battista Caporali (1536), Guillaume Philander (1552), Daniele Barbaro (1556, 1567, 1584 y 1629), Walter Rivius (1575), Juan de Urrea (1582), Juan de Laet (1649), Claude Perrault (1673) y Berardo Galiani (1758). Para completar este verdadero muestrario vitruviano planificó visitas a las bibliotecas de Florencia, Bolonia, Cesena, Venecia y Padua, entre otras.⁷

Pero tras estos preliminares, y establecido ya en Roma, Ortiz y Sanz debió enfrentarse a una dura realidad condicionada por la falta de amparo económico que le obligó a subsistir entre incontables penurias. La necesidad de ayuda se antojó apremiante, no solo para sobrevivir, sino para que le permitiese prolongar su estancia y llevar a término su propósito, y es aquí donde el decidido interés y apoyo de Eugenio Llaguno resultaría insustituible. Aprovechando su cargo de oficial de la Secretaría de Estado, se encargó de tramitar la solicitud de un subsidio que envió a Floridablanca, apostando claramente por un proyecto largamente esperado. En el caso del ministro de Estado, evaluó la situación pidiendo un informe, redactado por el culto embajador en Roma, José Nicolás de Azara, quien a pesar de estar de acuerdo en que se le concediese el auxilio, presentó algunas objeciones formales posteriormente refutadas por el propio Llaguno; hasta tal punto tuvieron que ser convincentes, que finalmente le fue concedida la ayuda.⁸ Para demostrar su decidida aspiración a ejecutar su trabajo, publicó en Roma (1781) un breve opúsculo en latín donde planteaba nuevas lecturas sobre diversos aspectos que aparecían en el libro tercero de Vitruvio, que alcanzó cierto éxito aunque también suscitó alguna controversia.⁹

Durante su estancia italiana hasta 1784 y tras su llegada a Madrid donde concluirá su empresa en 1787, no hubo descanso para el erudito presbítero que continuó sin interrupción, tanto en sus labores de investigación, como en sus

⁷ Este itinerario se conoce gracias a una carta que Ortiz envió a Floridablanca el 20 de septiembre de 1781 donde indicaba sus planes (Bérchez Gómez 1981a: LVII).

⁸ Ambos informes de 1781, aparecen transcritos en Bérchez Gómez (1981a: XLIX-LI).

⁹ *Abaton reseratum sive genuina declaratio duorum Locorum cap. ult. lib. tert. architecturae M. Vitruvii Pollionis, nusquam ad mentem Auctoris facta, scilicet; De Adjectiones as Stylobatas cum Podio, seu ad Podium ipsum, per Scamillos impares. Et item De secunda Adjectione in Epistylis facienda, primae respondente. Scribebat Joseph Franciscus Ortiz Presb. Hispano-Valentinus, Roma, M. A. Barbiellini, 1781.* Para replicar a sus censores, otros intérpretes de Vitruvio, publicó más tarde en Madrid y en italiano una *Risposta dell'Abate D. Giuseppe Francesco Ortiz, alla censura fatta al suo libro Abaton etc. al P. Ireneo Affò*, Madrid, Stamperia Reale, 1785.

actividades arqueológicas. Esto le permitió dar forma definitiva no solamente a una depurada traducción filológica, sino perfeccionarla con un aparato de anotaciones y comentarios que enriquecían el texto de forma sustancial y que acabarían por convertirse en el elemento vertebrador de tan dilatados conocimientos y a su vez objeto de estudio y de crítica.¹⁰

Las observaciones, sugerencias e interpretaciones que introduce en el texto se debieron, por tanto, a esta disyuntiva entre el estudio y medición rigurosa de los monumentos y restos arqueológicos –en los que a veces se hizo acompañar por pensionados de la Academia en Roma– y la confrontación con múltiples ediciones no solo de Vitruvio, sino incluso de libros que recreaban o examinaban antigüedades, obras que en este momento habían cosechado un auge y un seguimiento significativo. También fueron objeto de su atenta mirada las novedades o los préstamos que otros tratadistas de arquitectura del siglo XVI habían seleccionado, caso de Vignola, Serlio, Palladio o Scamozzi.¹¹ Igualmente entre sus reflexiones se advierte una reprobación hacia determinados aspectos de las teorías racionalistas (sobre todo las que cuestionaban a Vitruvio), si bien asumía como propias la censura de éstas hacia el exceso ornamental barroco.

Cuando en 1784 regresa a España la traducción con sus comentarios ya estaba finalizada, salvo pequeños detalles que afectarían a la estampación (véase Blanco Sánchez 1984). Sin embargo, hasta su paso definitivo por la imprenta tres años después, la obra sufriría una serie de transformaciones gracias a la desinteresada e incisiva cooperación de Eugenio Llaguno, protector durante su estancia en Roma y culto colaborador ahora, quien haría hincapié, sobre todo, en la moderación y ponderación de las anotaciones, bien por considerarlas excesivas en cuanto a su número o bien por su extrema severidad al juzgar otros trabajos de similar índole. En esta verificación anterior a la llegada al taller tipográfico (que también conllevó un análisis estilístico del texto), se produjeron influencias de aquellos argumentos y tendencias que en ese preciso momento se debatían en los círculos de la Academia. La institución se encontraba entonces inmersa en la renovación de los planes de estudio y en una revisión de los objetivos académicos por la recién creada Comisión de Arquitectura (1786) con las consiguientes polémicas por delimitar propuestas, siendo en este sentido una de las más interesantes para el tema que aquí nos compete, la presentada por el conde de Aranda al abogar por una selectiva política de publicaciones

¹⁰ Véase Henares Cuéllar (1977: 159-162) y Rodríguez Ruiz (1987).

¹¹ Todo ello queda comentado por Ortiz y Sanz (Vitruvio 1787: XI-XII). Las críticas hacia este conjunto de autores suelen ser mordaces, en menor medida a Palladio, de quien incluso llegó a publicar en 1797 en la Imprenta Real sus dos primeros libros de Arquitectura.

sobre la disciplina. Esta línea editorial debía comprender desde nuevos estudios hasta reimpressiones y nuevas traducciones;¹² si bien es cierto que su iniciativa giraba en torno a un curso de Arquitectura anterior en el tiempo, se tomó como modelo para los nuevos programas. Conviene recalcar que su intención de imprimir una serie de tratados germinó de forma casi instantánea en un conjunto de publicaciones que iban desde reediciones de clásicos en la materia a traducciones de aquellos anteriormente no trasladados al castellano o los que necesitaban de una nueva interpretación.

Si bien el origen de nuestro texto no surgió de esta empresa, fue el primero en imprimirse, ya que en 1787 salía de la Imprenta Real, en donde se confeccionaron un total de mil doscientos ejemplares en folio de marca mayor.¹³ La edición se abrió con una carta de presentación de la obra al rey, fechada en Madrid a 30 de enero de 1787, un substancioso prólogo, posteriormente unas «Memorias sobre la vida de Vitruvio», para a continuación incluir un índice y una breve fe de erratas. El texto propiamente dicho comprendía tanto la traducción como al aparato de notas, que aparecen a pie de página con un cuerpo de letra menor.¹⁴ Esta traducción de *Los Diez Libros de Architectura* finalizaba con una selección de estampas, cincuenta y seis en total,¹⁵ que comenzaron a grabarse en enero de 1785 realizadas por importantes maestros de la profesión sobre los dibujos del propio Ortiz y Sanz, entre ellos: Joaquín José Fabregat, José Gómez de Navia, Mariano Brandi, José Assensio y Torres, Eusebio Juez, Manuel Albuérne, Hipólito Ricarte o Simón Brieva. La idea del erudito traductor estuvo clara desde sus inicios en cuanto a la introducción de las láminas:

Habiendo conocido por experiencia propia que los arquitectos entienden mejor los preceptos del arte demostrados por figuras que con repetidas explicaciones, he procurado que en mi obra haya las que se necesitan para el efecto, sin ostentación, lujo, ni superfluidades. Son casi todas geométricas, para que den más seguras las dimensiones. (Vitruvio 1787: XI)¹⁶

¹² Véase García Melero (1992); la interesante lista de publicaciones puede observarse en las pp. 131-158.

¹³ Si bien cada volumen en un principio se tasó en 128 reales con 17 maravedíes, finalmente y a petición de Santiago de Borrofoli, encargado de la Imprenta Real, se elevó a 180 reales, pues se aducía que libros similares se vendían a un precio superior (Béchez Gómez 1981a: LXVII).

¹⁴ La intención de Ortiz y Sanz, desde los comienzos del proyecto, fue la de realizar una edición latina y castellana con anotaciones; para ello ya tenía redactada gran parte del texto en latín, concretamente los cinco primeros libros, pero diversos contratiempos retrasaron su realización y finalmente quedó descartada al ya tener compuesta la obra como hoy la conocemos (véase López Enguñados 1921: 367).

¹⁵ Las 56 láminas ingresaron en la Real Calcografía en 1789, del total hoy solo se conservan treinta y ocho, las cuales pueden consultarse *on line* en la página de la RABASF (Calcografía Nacional). Estaban realizadas sobre plancha de cobre y con la técnica de aguafuerte y buril, talla dulce (talla simple). Véase Clemente Barrena, Carrete & Medrano (2004: I, 119-354).

¹⁶ Su meticulosidad también se verá reflejada en los dibujos para la láminas, llegando incluso a aducir que si bien se habían conservado escrupulosamente las proporciones de los miembros dibujados, estos podían variar mínimamente al enjugarse y retraerse el papel o bien por la calidad del papel utilizado.

En esta declaración de principios quedaba claro hacia quien iban dirigidas estas láminas así como la manifiesta intención de desechar todo lo superfluo, buscando la exacta dimensión gráfica con respecto a los postulados vitruvianos, no dejándose llevar por interpretaciones más allá del texto, o elementos decorativos que disturbasen el atento estudio de las líneas maestras de la composición.

La fortuna crítica de esta traducción fue dispar, desde quienes ponderaron un trabajo largamente esperado y que abría nuevos horizontes en el conocimiento de este texto, a quienes criticaron, abiertamente o con su silencio, la propuesta de Ortiz y Sanz. Tras la salida de la obra, el presbítero continuó con sus estudios aunque a un ritmo menor, debido a la intensa vida académica madrileña que le llevó a participar en variadas empresas. Aun así de su pluma salieron obras como *El Teatro* de Milizia (1789), los *Diez libros* de Diógenes Laercio (1792), los *Cuatro Libros de Arquitectura* de Palladio (1797, aunque solo se publicaron dos) y los *Diálogos sobre las Artes del diseño* de Bottari (1804) o la denominada *Oración para las Nobles Artes* (1805), todas ellas publicadas;¹⁷ quedaron inéditas las *Instituciones de Arquitectura Civil acomodadas en la medida de lo posible a la doctrina de Vitruvio*, cuyo manuscrito está fechado en 1819.¹⁸ A ello se unen sus trabajos para el que fue uno de los proyectos más apasionantes y sobresalientes de los reinados de Carlos III y Carlos IV, su *Viaje Arquitectónico-Anticuário*, cuyo itinerario quedó interrumpido en varias ocasiones y finalmente inconcluso.¹⁹

En suma, una vida esforzada dedicada al estudio cuyos frutos se fueron sucediendo tras su regreso a España, tanto a nivel de publicaciones como de honores, siendo nombrado bibliotecario de la Real Biblioteca, miembro de la Academia de la Historia y académico de mérito de la de San Fernando en 1806, cargo que desempeñó con orgullo hasta su muerte en 1822.

¹⁷ F. Milizia, *El teatro. Obra escrita en italiano por D. Francisco Milizia; y traducida al español por D. J. F. O.*, Madrid, Imprenta Real, 1789; Diógenes Laercio, *Los diez libros de Diógenes Laercio sobre las vidas, opiniones y sentencias de los filosofos más illustres, traducidos de la lengua griega e ilustrados con algunas notas por D. Josef Ortiz y Sanz*, Madrid, Imprenta Real, 1792; A. Palladio, *Los Cuatro Libros de Arquitectura de Andrea Palladio, Vicentino. Traducidos e ilustrados con notas por Don Joseph Francisco Ortiz y Sanz, Presbítero*, Madrid, Imprenta Real, 1797; Giovanni Bottari, *Diálogos de las artes y el diseño, traducidos del toscano, e ilustrados con notas por Don Joseph Ortiz y Sanz, Presbítero, individuo de la Real Academia de San Fernando, y de la de San Carlos de Valencia*, Madrid, Gómez Fuentenebro y Compañía, 1804; J. Ortiz y Sanz, *Oración a las Nobles Artes en la distribución de premios de la Real Academia de San Carlos de celebrada el 4 de noviembre de 1804*, Valencia, Benito Monfort, impresor de la Real Academia, 1805.

¹⁸ Este manuscrito, dado por perdido durante mucho tiempo, fue finalmente encontrado en la Biblioteca del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid (COAM). En 1990-1991 se realizó una lujosa edición facsimilar con introducción de Pedro Moleón Gavilanes. Uno de los tomos está dedicado a la transcripción del manuscrito y a un exhaustivo y sobresaliente ensayo del profesor Rodríguez Ruiz (1990-1991), al cual remitimos por ser un excelente instrumento para el conocimiento del personaje y su extensa obra.

¹⁹ *Noticia y plan de un viaje Arquitectónico-Anticuário, encargado por S. M. a Don Joseph Francisco Ortiz en el año de 1790*, Madrid, Imprenta Real, 1797; *Viaje Arquitectónico-Anticuário, encargado por S. M. a Don Joseph Francisco Ortiz en el año de 1790*, Madrid, Imprenta Real, 1807.

Nos quedamos con un frase que traducía del italiano su sobrino cuando se glosaba la carrera de Ortiz y Sanz en las *Efemérides literarias de Roma* del 3 de mayo de 1788 y que aludía a la doble faceta de su escritura: «y que ha observado rigurosamente las reglas de un diligente traductor y de un hábil y prudente comentador».

Un autor que luchó denodadamente por recuperar la memoria de la Antigüedad por todos los medios a su alcance, ya fuera desde el papel o desde las piedras de unas ruinas, ambos atesoraban el recuerdo del tiempo transcurrido, esperando a aquellos que se detuviesen con mirada de asombro y fascinación para entablar un diálogo.

BIBLIOGRAFÍA

- BÉRCHEZ GÓMEZ, Joaquín. 1981a. «La difusión de Vitruvio en el marco del Neoclasicismo español» en Claudio Perrault, *Compendio de los diez libros de arquitectura de Vitruvio (1761) traducido por Joseph Castañeda*, Murcia, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos], IX-XCIV.
- BÉRCHEZ GÓMEZ, Joaquín. 1981b. «J. F. Ortiz y Sanz: correspondencia mantenida desde Roma a propósito de su traducción de Vitruvio (1780-1782)», *Archivo de Arte Valenciano* LXII, 62-70.
- BLANCO SÁNCHEZ, Carmen. 1984. «La edición vitruviana de la Imprenta Real», *Goya* 181-182, 68-74.
- BUSTAMANTE, Agustín & Fernando MARÍAS. 1985. «El Escorial y la cultura arquitectónica de su tiempo» en VV. AA., *El Escorial en la Biblioteca Nacional. IV Centenario del Monasterio de El Escorial*, Madrid, Dirección General del Libro y Bibliotecas, 117-219.
- CANTO, Alicia M^a. 2001. «El viaje arquitectónico-anticuario de fray José Ortiz y Sanz: una carta arqueológica en España a fines del XVIII», *SPAL. Revista de prehistoria y arqueología de la universidad de Sevilla* 10, 29-55.
- CLEMENTE BARRENA, Javier Blas, Juan CARRETE & José Miguel MEDRANO. 2004. *Calcografía Nacional. Catálogo general*, Madrid, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando- Calcografía Nacional.
- DÍAZ MORENO, Félix. 2012. «Traducir la arquitectura. Causas, modelos y proyectos fallidos» en Assumpta Camps (ed.), *La traducción en las relaciones italo-españolas: lengua, literatura y cultura*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 407-421.
- GARCÍA MELERO, José Enrique. 1986. «Las ediciones españolas de *De Architectura* de Vitruvio», *Fragmentos. Revista de Arte*, 8-9, 102-131.
- GARCÍA MELERO, José Enrique. 1992. «Juan de Villanueva y los nuevos planes de estudio» en VV. AA., *Renovación. Crisis. Continuismo. La Real Academia de San Fernando en 1792*, Madrid, R. Academia de San Fernando, 13-55 y 131-158.
- GOBERNA ORTIZ, Fernando. 2001. *El deán Ortiz (La seua vida i obra)*, Aiello de Malferit, Ajuntament (Col. «Degà Ortiz i Sanz», 1).
- HENARES CUÉLLAR, Ignacio. 1977. *La teoría de las Artes Plásticas en España en la segunda mitad del siglo XVIII*, Granada, Universidad de Granada.

- LÓPEZ ENGUÍDANOS, Tomás. 1921. «Resumen de los méritos literarios, títulos, grados, etc., de don José Ortiz, Presbítero», *Boletín de la Real Academia de la Historia* LXXIX, 362-368.
- LLAGUNO Y AMÍROLA, Eugenio. 1829. *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España desde su restauración [...]; ilustradas y acrecentadas con notas, adiciones y documentos por Juan Agustín Ceán-Bermúdez*, Madrid, Imprenta Real.
- ORTIZ Y SANZ, José. 1990-1991. *Instituciones de Arquitectura Civil acomodadas en la medida de lo posible a la doctrina de Vitruvio*, Madrid, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, 2 vols. [ed. facsimilar del manuscrito fechado en 1819].
- RODRÍGUEZ RUIZ, Delfín. 1987. «José Ortiz y Sanz. “Atención y pulso” de un traductor» en Vitruvio, *Los Diez Libros de Arquitectura*. Ed. de José Ortiz y Sanz, Madrid, Akal, 7-33.
- RODRÍGUEZ RUIZ, Delfín. 1990-1991. «José Ortiz y Sanz. Teoría y crítica de la Arquitectura» en J. Ortiz y Sanz, *Instituciones de Arquitectura Civil acomodadas en la medida de lo posible a la doctrina de Vitruvio*, Madrid, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, II, 1-126.
- SAMBRICIO, Carlos. 1975. «La teoría arquitectónica en José Ortiz y Sanz, el Vitrubiano», *Revista de Ideas Estéticas* XXXIII, nº 131, 65-92.
- SAMBRICIO, Carlos. 1986. *La arquitectura española de la Ilustración*, Madrid, Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España-Instituto de Estudios de Administración Local.
- VITRUVIO POLLION, Marco. 1787. *Los diez libros de arquitectura de M. Vitruvio Polión. Traducidos del latín y comentados por Don Joseph Ortiz y Sanz, presbítero. De orden superior*, Madrid, Imprenta Real.